

Reseñas

## UN GRAN SERVIDOR DEL ESTADO

*Jean Meyer*

Luis Medina, *Ignacio García Téllez: Ideólogo desconocido del cardenismo*, Ciudad de México, Cámara de Diputados, 2022.

Nostalgia es el sentimiento que me engendró la lectura del excelente libro de Luis Medina, publicado por el Centro de Estudios de Derecho e Investigaciones Parlamentarias (Centro, por cierto, fundado por Luis Medina) y la Cámara de Diputados de la presente Legislatura. ¿Nostalgia? No por el tiempo que, inexorable, pasa, no el tiempo de nuestra generación, sino los tiempos anteriores, de los años constructivos 1925-1946, los años de la edificación de las grandes instituciones que, hasta la fecha, rigen y protegen nuestra economía y nuestra sociedad, desde el Banco de México hasta el IMSS, pasando por la recuperación de la soberanía sobre los recursos naturales; sin contar, en el campo de la ideología, con el famoso nacionalismo revolucionario y, en el espacio internacional, la gloriosa diplomacia cardenista. México fue firme en su defensa del derecho de los pueblos: de la Etiopía salvajemente agredida por Mussolini, China no menos cruelmente violada por Japón, la Austria del *Anschluss* y Checoslovaquia descuartizada por Hitler, la heroica Finlandia atacada por Stalin. Ni que mencionar la defensa de la república española y la solidaridad con Francia en 1940...

Jean Meyer, División de Historia, CIDE.

Este libro puede descargarse de manera gratuita en: <https://portalhcd.diputados.gob.mx/PortalWeb/PaginaPrincipal/Relevantes/2021/Documento/5ede4659-e7d0-4628-9182-a7b9a24e77f2.pdf>

Nostalgia, por una generación de grandes estadistas, grandes servidores del Estado de la Cosa Pública, *Res Publica*, desde la generación del 1915, los Manuel Gómez Morín, Daniel Cosío Villegas, hasta la de don Jesús Reyes Heróles y sus alumnos, entre los cuales está Luis Medina, quien fue su colaborador más cercano en la Secretaría de Educación Pública.

Dejo a un lado la nostalgia que no siento en forma negativa, depresiva, tristonza, sino como una incitación a recordar esos grandes hombres, para promover un esfuerzo equivalente, para lograr victorias positivas como las suyas. Dejo a un lado la nostalgia para incitarlos a leer un libro que, la verdad, vale la pena. No es exactamente una biografía, por más que el título permita creerlo: *Ignacio García Téllez*. En seguida la continuación del título anuncia otra cosa: *Ideólogo desconocido del cardenismo*. La parte biográfica —escritura de una vida— se limita a unas pocas páginas: dónde nació, quiénes fueron sus padres, sus hermanos, sus estudios, las largas cabalgatas para ir del rancho a la escuela y luego volver a casa; y, más adelante, de vez en cuando, unas cortas frases, apenas un paréntesis, para señalar que se casa, que tiene hijos, una familia que mantener, que pasa penurias después de una honorable renuncia. Nada más.

Parece que Luis Medina hizo suya una reflexión de Paul Valéry cuando se burla de los críticos literarios que pretenden explicar la obra poética o novelística de un autor por su vida. ¿De qué nos sirve, pregunta Valéry, saber que el autor es friolento y duerme con calcetines? De la misma manera ironiza sobre el recurso a la psicología o al psicoanálisis para encontrar la clave de la creación; concluye, la OBRA es lo único que importa. Y lo único que queda después de la muerte. La obra de Ignacio García Téllez, la indirecta como la directa, es impresionante.

Se dice que detrás de un gran hombre, siempre hay una gran mujer. No dudo de la importancia del apoyo que la muy joven Amalia Solorzano pudo dar al general Lázaro Cárdenas que la conquistó cuando era gobernador de Michoacán. Pero, muchas veces, detrás de un gran hombre, hay una “eminencia gris”, expresión aplicada la primera vez al Padre Joseph —que vestía sotana gris—, el avisado consejero del cardenal Richelieu, el formidable estadista de la Francia del siglo XVII, el cardenal que apuntó en sus memorias que “la salvación de los Estados es de este mundo”. Ignacio García Téllez, ideólogo desconocido del cardenismo, fue la eminencia gris del general,

luego presidente, Cárdenas, desde 1932. Fue un gran servidor del Estado y de la nación: jurista, político en el sentido noble de la palabra “política” que no tiene que ver con la “polaca”, sin ambiciones personales; fue por lo tanto hombre de confianza para varios presidentes, no de Plutarco Elías Calles, de quien él desconfiaba; mucho menos de Álvaro Obregón por sus críticas por escrito de los Acuerdos de Bucareli, cuya inconstitucionalidad denunció y, más aún, por su oposición a la reelección del sonorenses. Eso le valió pasar dos años en el limbo político, entre 1927 y 1929, ganándose la vida como abogado, pero colaborando intensa y gratuitamente en la elaboración del nuevo y progresista Código Civil.

Gozó, eso sí, de la confianza total de Lázaro Cárdenas y de Manuel Ávila Camacho. Con Miguel Alemán y los alemanistas ya no podía trabajar de manera constructiva, se retiró para dedicarse a una necesaria labor defensiva: preservar lo mejor de la obra cardenista y justificar la ideología revolucionaria, rudamente atacada cuando los licenciados sustituyeron a los generales, cuando la revolución se bajó del caballo y se subió al coche, como bien dijo nuestro maestro Luis González, pariente del general Cárdenas por el Del Río. Al general dedicó su *Pueblo en vilo*.

Nuestro hombre (*Nostramo* se llama la novela de Joseph Conrad sobre Panamá y su separación de Colombia) tiene mucho que ver, todo que ver, nos demuestra Luis Medina, con esa etapa decisiva en la invención del Nuevo Estado (paralelo al *O Estado Novo* brasileño de Getúlio Vargas), la invención del Sistema Político Mexicano, estudiado por Luis Medina en otros libros.

Trescientas páginas de un texto ameno y denso, repartido en unos diez capítulos, bastante equilibrados, con una conclusión que no se llama así, sino “Epílogo”, quizá porque Gustave Flaubert nos pegó duro al afirmar que “sólo un tonto concluye”. Luis Medina se formó en El Colegio de México y en Inglaterra, en ciencias políticas y relaciones internacionales, luego se volvió historiador y, como tal, conoce la importancia de la documentación. Las referencias llenan 45 páginas, pero la investigación descansa esencialmente en fuentes primarias, en este caso el fabuloso archivo personal de Ignacio García Téllez, archivo cuidadosamente confiado por la familia a El Colegio de México y a la UNAM, dos instituciones que demostraron su seriedad y fiabilidad.

*Nostramo*, abogado, operador político, primero en su Guanajuato natal luego a nivel nacional, jurista, fiscalista, creador de instituciones: como rector de la Universidad Nacional en 1929, ideó la ley orgánica de la autonomía de la UNAM. Amigo de Cárdenas desde 1932, fue el secretario de organización de su campaña presidencial y, desde aquel entonces, se volvió el hombre más cercano al presidente. Le entregó memorandos fundamentales como “Hacia el Estado socialista mexicano: Plan Maestro Sexenal”, estructurado alrededor de justicia social, reforma agraria, organización de los trabajadores, derecho social activo (era lector asiduo del francés Léon Duguit, como Manuel Gómez Morín), recuperación de las riquezas naturales. Como secretario de Educación llevó la educación socialista al rango de norma constitucional.

De septiembre de 1936 a enero de 1938, pasó nueve meses como procurador general de la República, luego ocho meses como secretario particular del presidente. Discretamente generó ideas y proyectos que caracterizaron al cardenismo: propuso un estatuto para los trabajadores al servicio del Estado; sugirió el voto de la mujer; una ley de responsabilidades para los servidores públicos; el seguro social. Le tocó idear y planear la construcción del Partido de la Revolución Mexicana (PRM), con sus cuatro sectores: campesino, obrero, popular y militar. Sin ninguna influencia del fascismo italiano, como parece haber sido el caso del PNR callista.

Luego, en su calidad de secretario de Gobernación, número dos del gobierno, demostró su talento de operador político, además de ser, discreto como siempre, el hombre que más influyó en la decisión petrolera que tomó Cárdenas en marzo de 1938. Le tocó enfrentar la polarización máxima del país al acercarse la fatídica sucesión presidencial. La candidatura que reunió las oposiciones más dispares alrededor del general revolucionario Juan Andreu Almazán fue un reto muy serio que elevó la tensión al paroxismo. García Téllez, hábilmente, tomó toda serie de medidas tanto positivas como intimidatorias, después de convencer al presidente Cárdenas de que había que olvidar una candidatura radical para apoyar a la del general Manuel Ávila Camacho. Montó un aparato electoral que funcionó bastante. No era partidario de la solución practicada el día de las elecciones en la ciudad de México por “el alazán tostado”, Gonzalo N. Santos, el cacique de San Luis Potosí: a puras ametralladoras Hotchkiss. Lo cuenta Santos en sus crudas y

francas memorias, así como su hazaña de masacrar a prisioneros cristeros, combatientes o no. Presume que sin la matazón que realizó en la Condesa, Almazán hubiera ganado la capital. Luego de la violenta jornada electoral de julio de 1940, la tensión duró hasta el 24 de noviembre, cuando Almazán, que se había exiliado como posible preparación de un levantamiento, regresó al país y reconoció su derrota. García Téllez gestionó muy bien, con paciencia y sangre fría, la solución de la crisis. Luis Medina se sorprende de la ausencia de la Iglesia en la coalición almazanista: la Iglesia no olvidaba que a Cárdenas se debía, por fin, la paz religiosa. Por eso, el 18 de marzo de 1938, día de la expropiación de las compañías petroleras, el arzobispo de Guadalajara fue el primero en felicitar al presidente, en un nuevo abrazo de Acatempan.

En el capítulo dedicado a la “Migración y los republicanos españoles”, el autor presenta a su héroe enfrentado a “tantos problemas políticos y de conciencia”. Un conflicto entre la justicia (la ley) y la equidad. No cabe duda —y Daniela Gleizer lo ha demostrado mejor que nadie— de que los reglamentos mexicanos de migración eran francamente racistas, excluyendo como “indeseables” a levantinos, árabes, judíos, asiáticos y demás. Los grupos pro raza habían tenido éxito y el gobernador de Sonora, hijo de Calles, había encontrado “la solución final” a la cuestión china: la expulsión sin excepción. Que no se realizó sin muertos. La ley revisada de 1936, no por García Téllez, había mantenido los prejuicios étnicos y el sistema de cuotas. Eso explica que México haya rechazado el desembarque de los judíos en sus buques errantes. México no estaba solo en su rechazo después del fracaso de la conferencia de Evian, teóricamente reunida para encontrar asilo a los que huían del III Reich en expansión. No hubo ningún cambio hasta la caída de la república española, que sirvió de pretexto para cambiar, un poco, de política. Con el antecedente del refugio otorgado a los intelectuales españoles (idea de Daniel Cosío Villegas), se abrieron las puertas a unos 20 000 españoles.

El presidente Ávila Camacho invitó inmediatamente a García Téllez a trabajar con él, en calidad de encargado del Departamento de Trabajo, con la doble misión de elevarlo al rango de Secretaría y de crear un sistema de seguridad social. Con su talento de siempre, *Nostrromo* cumplió, gracias a su capacidad para convencer, conciliar, unir a los contrarios, en este caso, tra-

bajadores y patronos. Así, en 1942, nació el Instituto Mexicano del Seguro Social que arrancó en enero de 1943. A los pocos meses, García Téllez fue su segundo director y duró hasta el fin del sexenio. Logró sanar las finanzas y torcer el brazo a Hacienda hasta conseguir la autonomía financiera. Se ganó a los médicos en seguida y tuvo siempre el apoyo decidido de un Ávila Camacho orgulloso de la obra: “llegué con fama de hombre de derecha, y mire lo que hicimos”. Cuando los alemanistas le pidieron fondos del IMSS para la campaña, renunció asqueado.

Tenía 50 años y 25 de servicio. Siguió con la amistad de Cárdenas y, como su eminencia gris, le aconsejó apoyar al candidato de Miguel Alemán, Ruiz Cortines, y olvidarse del militar Henríquez, en 1951-1953 (en una ocasión doña Amalia y su hijo, el joven Cuauhtémoc Cárdenas, habían participado en una manifestación henriquista). El “Esfinge de Jiquilpan”, una vez más, le hizo caso. Siempre defendió al cardenismo y al nacionalismo revolucionario. En 1961 participó en la organización del MLN (Movimiento de Liberación Nacional), movimiento cardenista que no rompió con el PRI. Gracias, Luis Medina, por rescatar un gran hombre con un gran libro. ❧